

DISCURSO

del Dr. Luis Mesa Villa, comisionado por el Concejo Municipal de Medellín para recibir la Estatua de Zea el día de su inauguración, 20 de julio de 1936.

En peregrinación solemne hemos venido a recorrer los velos que ocultan la estatua de Francisco Antonio Zea.

Desesperanzada ya la ciudad de Medellín de repatriar los restos de su hijo dilectísimo, ha entregado la guarda de su memoria a este monumento.

No es éste el primero ni el postrer homenaje que se rinde al procer. Fatigada quedó la imprenta, de sus hazañas. El panegírico con verbo impotente a exaltar sus proezas, cedió al bloque augusto el encargo de enseñarlo a la posteridad.

Cansados los primitivos pobladores del planeta de relatar a sus hijos los hechos progenitores de su grandeza, hurtaron al flanco de la materia adormecida su inercia milenaria. Cincelaron con potente brazo, disgregaron la molécula, evocaron el arte en su faena, dieron el gesto magnífico, modelaron la forma, despojaron de la carne los mármoles de paros, revistiéronlos de la fuerza de la gracia que acusa la generación espiritual, y de allí surgió la estatua.

Triunfante de la resistencia, evoca los obstáculos vencidos por el héroe en la gesta magna, en el acto heróico, en la emisión del pensamiento que agitó a martirizadas generaciones.

Praxiteles humanizó el mármol que Fidias divinizó; aquél dió al mundo estatuas que inflamaron la posteridad de ardor impuro, éste llenó el Partenón de formas nacidas de una concepción ideal como los héroes griegos, como los dioses. Las estatuas de Praxiteles son pecadoras como las cortesanas

que le sirvieron de modelo. Las de Fidias elevan la crítica a regiones ultraterrenas. Aquél nos legó facciones grandiosas revestidas de carne, éste concibió tipos sobrehumanos y expresó pensamientos eternos; artistas posteriores mistificaron a los griegos y el arte moderno consagra a nuestros héroes en lucha bravía con la humanidad para obtener la victoria que copió la estatua.

Ahí tenéis a Zea en los albores de la GRAN COLOMBIA. "LA REPUBLICA DE COLOMBIA QUEDA ASÍ CONSTITUIDA", fue la frase sublime que sirvió de modelo a la gestación grandiosa del artista.

Precisa retrotraer el espacio y el tiempo, trasladarnos al Congreso de Angostura y mirar hacia 1819 para alcanzar los perfiles de este monumento.

Sobre cuatro columnas reposa la existencia de COLOMBIA: Una es la fuerza de la guerra, otra es la fuerza de la LEY, distinta a la de la ciencia y muy otra la impositiva en el consorcio de las naciones libres. Conquistado palmo a palmo el territorio de la patria por nuestros padres con el arma al brazo, tocó a la ley asegurar su supervivencia, y ZEA en el CONGRESO DE ANGOSTURA consagró en preceptos constitucionales la revolución que nos separó para siempre de la madre patria. Mas, antes fue sostén poderosísimo en la lucha que nos legó la independencia, y como el precursor NARIÑO abandonó la NUEVA GRANADA para ser juzgado por el delito de estar formando PATRIA. Necesitada la República de hombres capaces para su Gobierno, ZEA le entregó a sus discípulos, formados por él en la Universidad de Bogotá, e iniciados por él mismo en asocio de su maestro Mutis. Necesitó ser unidad dentro de las naciones del globo y ZEA marchó a Europa a dar personería a su patria. En lucha con las cancillerías extranjeras, an-

te un imperio que nace y otro que sucumbe, ante pueblos que surgen a la vida de la libertad y otros que son envilecidos por la tiranía, el rigorismo estrecho del concepto de autoridad por una parte y el nacimiento de una nueva concepción del estado, por otra, Inglaterra que surge, dominios españoles que se esfuman, Alemania que inicia el poderío de su imperio, Francia que da tregua a las luchas a que la tuvo sometida el infatigable Corso, ante la casa de Rusia que oprime y la de Austria que degenera, ZEA obtiene el reconocimiento de su patria y los recursos necesarios para su sostenimiento.

Nacido en este mismo sitio aprendió de sus padres y de sus conterráneos la tenacidad necesaria para salir adelante en toda empresa. Discípulo del Dr. José Félix de Restrepo en el Seminario de Popayán, marchó a San Bartolomé a estudiar facultades mayores, donde la fama de su saber le hizo llamar del Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora para encargarlo de la cátedra de Ciencias Naturales en la Universidad y agregado a la Expedición Botánica dirigida por el sabio Gaditano. Propagandista de los derechos del hombre, fue remitido a España para ser juzgado y fue absuelto; conocidas sus capacidades por el Gobierno de la Península, fue enviado a Francia a completar estudios y a su regreso a Madrid nombrado Profesor de Botánica y Director del Jardín Botánico de la Capital Ibera. Más tarde fue miembro de la Junta que en Bayona formó la nueva constitución española cuando la dominación de Bonaparte. De regreso a su patria tocóle presidir el Congreso de Angostura, la Vicepresidencia de Venezuela, la Vicepresidencia de la Gran Colombia, y por último enviado a Europa como Agente diplomático con autorizaciones para conseguir un empréstito, murió amargado en BATH el 22 de noviembre de 1822.

23 de noviembre de 1766 fecha de su nacimiento

to y 22 de noviembre de 1822, forma el paréntesis de vida colombiana que en mármol de venecia esculpíó muy bellamente la mano del artista.

Sirve de pedestal el escudo de Colombia y a un lado bajo recios capiteles está la ciencia complacida que hurtó a la naturaleza huraña uno de sus frutos para la inmortalidad del prócer. Como la hija de Júpiter, ciega, negó la luz al mundo exterior, para difundirla por todo el territorio del planeta. Al otro lado la historia erguida y desafiante a la página del tiempo, reposa el brazo sobre los decretos firmados por el estadista triunfante de la maledicencia y la calumnia; en el momento más solemne de su historia, en el Congreso de Angostura, fue sorprendido el legislador con el brazo dominando, la frente en alto, asilo de grandes pensamientos y el pie sobre el granito de los Andes. Dejad ahora que la mirada escrute el porvenir de Colombia la grande, la heróica, la eterna.

Labios eternos pronunciaron la sentencia fatal y la esperanza. Lucha de afanes sin descanso, ofreció al desterrado un campo abierto, fecundo y vasto como la voluntad misma del que señaló el destino. Pródigo, a su semejante lo hizo libre, libre recorrió la pampa y libre desfloró la selva que robaba su horizonte. Obstáculos sin cuento rodaron a sus pies, tras corto batallar, hasta conseguir la dominación sobre el planeta; anhelante y sediento de dominio tropezó con el semejante y tras cruenta lucha fue vencido. Castas privilegiadas de la fuerza surgieron desde entonces que hostilizan, fatigan y fulminan al vencido.

Condolido EL mismo volvió realidad su promesa, la esperanza, y en los crisoles purificadores de la democracia, fundió al fuego sagrado el redentor de un pueblo: LUCHO, PREDICO, AMO, y como fruto de tan hermosa doctrina y fin de su re-

dención recibió la cruz, y en el madero del tormento humano divinizó el dolor.

Así abrió la era a los conductores que como EL reciben el martirio.

Guiados por el espejismo de la gratitud patria, encuentran sólo en su camino la ingratitud que oprime o la bala que arteralmente corta su existencia: Bolívar en San Pedro Alejandrino, Sucre en la Montaña de Berruecos y ZEA, a quien la calumnia le hincó el diente y que si heló su corazón con el acibar del desengaño, circundó su frente de aureola inmortal.

En nombre del Cabildo de Medellín, vengo a recibir la estatua y a invocar a los dioses penates de la ciudad, para encomendarles la guarda de este monumento.

UNA CARTA

Medellín, 17 de diciembre de 1935.

Sr. D. J. Joaquín Zapata A.—Ciudad.

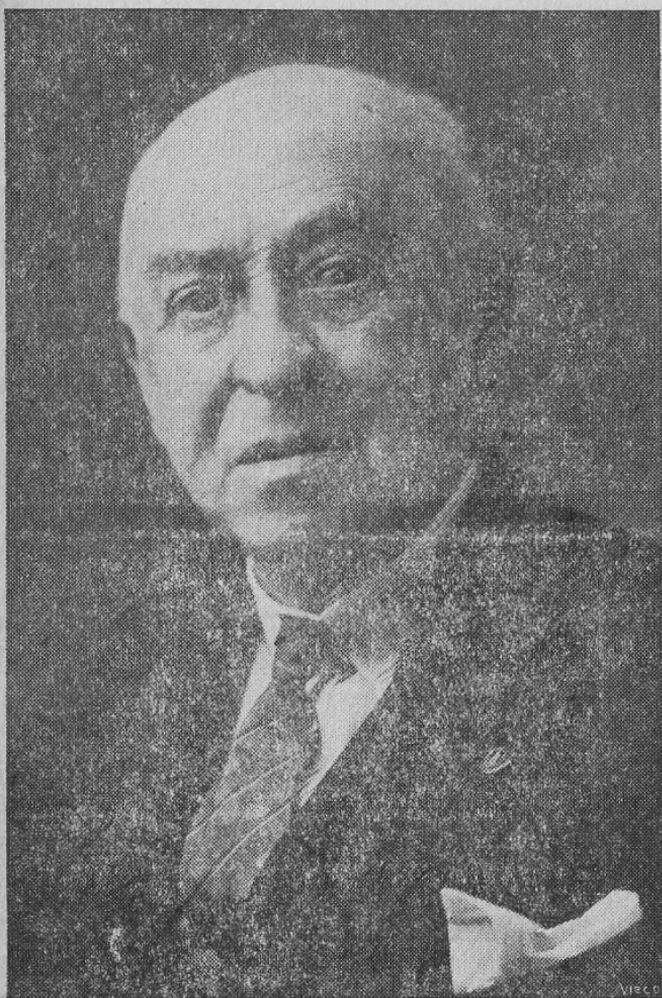
Estimado amigo:

Con todo cuidado, cumpliendo tus deseos, he leído tu interesante estudio sobre la vida y labores literarias del eximio caballero D. Gabriel Latorre (q. e. p. d.) y en cuanto alcanza mi pobre caletre en estos asuntos, puedo decirte que me agradó por lo exacto y sencillo del relato y lo minucioso en los menores detalles.

Ojalá logres llevarlo pronto a **letras de molde.**

Tu affmo. amigo,

Gabriel Arango M.



Gabriel Latóns

GABRIEL LATORRE

(Esquicio biográfico por José J. Zapata A.)

Señores académicos:

Para aceptar el honor de pertenecer a esta docta Corporación, según he sido informado, preciso es presentar un trabajo de la misma índole que caracteriza a la Academia Antioqueña de Historia.

Ayer no más—sábado 23 de febrero de 1935—dejó de pertenecer al mundo de los vivos para entrar en las ignotas regiones de la inmortalidad, el socio fundador y de número que llevó el nombre de GABRIEL LATORRE; y es por ello—aun cuando no se me oculta lo difícil que es presentar la silueta de este verdadero esteta—que he elegido como tema la vida de tan meritorio ciudadano para llenar el citado deber reglamentario.

Debo sí, antes de comenzar, presentar la expresión de sinceros agradecimientos a quienes se dignaron depositar balotas blancas para mi admisión, especialmente al doctor Julio César García, mi proponente, joven de relevantes méritos, que ha escalado grande altura en la Pedagogía, en diversos ramos de las ciencias y, sobre todo, en la que está bajo la sombra protectora de Clío.

En la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín—erigida el 2 de noviembre de 1675 por don Miguel de Aguinaga, en cumplimiento de real cédula de doña María Ana de Austria—don Mariano Latorre, de pura descendencia española, fundó un hogar patriarcal con doña Camila Jaramillo.

La palabra **patriarcal**, que en este caso empleé con grande acierto, me exime de hablar de las aqui-

latadas virtudes de ese Santuario del Amor a donde arribó GABRIEL LATORRE el 18 de marzo de 1868.

Según las **Genealogías de Antioquia y Caldas** del Académico Gabriel Arango Mejía, don Juan Fernández Latorre “nació en la ciudad de Córdoba (España) del matrimonio de don Alfonso Fernández de Latorre y de doña María Rojas. Fue importante vecino de Medellín, en donde casó con doña Juana Gómez de Abreu, hija de don Diego Gómez de Abreu y de doña Gertrudis Saavedra”. Entre los siete hijos del matrimonio Latorre-Rojas se cuenta don Miguel de Latorre, casado con doña María de Jesús Uribe (hija de don Antonio Uribe Sánchez y de doña Bárbara Vélez) y padre de don Luis de Latorre, comerciante muy estimado; casado con doña Isabel Escobar, hija de don Aurelio Escobar y de doña Rita Huertas”. Hijo de este enlace fue, entre otros muchos, “don Mariano, casado con doña Camila Jaramillo, hija de don Miguel Jaramillo y de doña Rosalía Muñoz. Entre sus hijos se cuenta el apreciado literato don GABRIEL LATORRE.

Hermano de don Mariano fue don Luis de Latorre, casado con doña Segunda Bernal, hija de don José María Bernal y de doña Nepomuceno Mejía.

Don Luis y doña Segunda dejaron numerosa descendencia, entre ella don Lázaro, casado con doña Rosa Mendoza (hija del doctor Antonio Mendoza y de doña Dolores García) y padre del muy apreciado amigo don Luis Latorre Mendoza, autor del importante libro **Historia e historias de Medellín**.

¿La infancia de GABRIEL?

No eran aquellos tiempos semejantes a los de hoy, cuando se permite a los niños deambular libremente por las calles hasta altas horas de la noche: El principio de autoridad se acataba por aquel entonces; se veneraba y amaba a los padres y ascendientes; profunda simpatía y afectos inspiraba por do-

quier la ancianidad, y se respetaba altamente el elemento femenino, adorno y razón única de la vida.

Existió en esta ciudad un ilustre jurisconsulto, orador insigne, immaculado ciudadano y, por ende, pedagogo eminente que se llamó Nicolás Mendoza. En el plantel que con el nombre de **La Paz** regentó en Medellín, hizo GABRIEL sus estudios primarios.

No extrañéis, señores Académicos, el que en ocasiones suprime el nobiliario título de **don** al citar a LATORRE o a otros personajes beneméritos, porque los hombres que salen del nivel vulgar, no necesitan de títulos para mostrarse siempre grandes.

No hablaré aquí de nuestra **Alma Mater** porque ya lo han hecho de manera eficiente, entre muchos, Clodomiro Ramírez y Julio César García; pero, sin exageración, puede afirmarse que la Universidad de Antioquia, por la organización que hoy tiene, encontrará quizá similares pero no superiores en los países de habla española. En ese Centro hizo LATORRE sus estudios secundarios en tiempo de los rectorados del eminente historiógrafo Alvaro Restrepo Euse y del notable publicista Eduardo Antonio Hoyos.

Labores de distinta índole ocuparon la meritoria vida de GABRIEL LATORRE: Se distinguió como comerciante honorable y gran crédito mereció su firma; con carácter de Comisario de Averías, representó Compañías de Seguros alemanas, españolas, italianas y suizas, y baste saber que a su muerte, si bien dejó pocos bienes de fortuna, no quedó en su acervo ni una sola deuda. Tales fueron muchos de los hombres del pasado, casi todos.

Medellín, ciudad que lucha por su mejoramiento intelectual creando universidades y colegios; Medellín, donde la honorabilidad de comerciantes antioqueños amplía el crédito colombiano en el exterior; Medellín, cuyos tranvías, alumbrado eléctrico y acueducto dicen bien de sus ediles; Medellín, en

cuyo Palacio de Bellas Artes se oyen conferencias culturales, se admiran cuadros artísticos y se aplauden audiciones musicales; Medellín, que con sus Academias de Historia, de Medicina y de Jurisprudencia—Colegio de Abogados—rinde culto a las ciencias; Medellín. . . . ¿a qué extenderme más sobre la querida ciudad? Medellín, como fuente de embellecimiento material y de progreso intelectual fundó una Sociedad de Mejoras Públicas, de la cual fue Presidente GABRIEL LATORRE en 1909. Esta Corporación, que se instaló el 9 de febrero de 1899 bajo la presidencia del respetable comerciante D. Cipriano Rodríguez Lalinde, actualmente es gobernada por D. José A. Gaviria, D. León Londoño, D. Marco Tulio Pérez y D. Carlos E. Gómez, como Presidente, Vicepresidentes y Secretario, respectivamente.

Sabido es que el General Rafael Reyes gobernó el país desde el 7 de agosto de 1904 hasta el 8 de junio de 1909, con la sola interrupción del 14 de abril al 18 de mayo de 1908, en que ejerció como designado y Ministro de Gobierno el doctor Euclides de Angulo, es decir, en un período mayor que el constitucional denominado El Quinquenio. Durante esta Administración, por Decreto número 949 de 1904, se creó la Cámara de Comercio de esta ciudad, importante Institución que se instaló el 23 de enero de 1905, y cuyo primer Presidente fue D. Miguel Vásquez B. LATORRE presidió esta entidad en 1912. Sus dignatarios actuales, en el orden en que expresé los de la Sociedad de Mejoras Públicas, son D. Ricardo Greiffenstein, Dr. Jorge Escovar Alvarez, D. Arturo Molina y D. José María Betancur B.

En los años de 1912 y 1913—durante la Gobernación de Clodomiro Ramírez, de grata memoria por lo progresista y ecuánime—fue GABRIEL LATORRE Secretario de Hacienda del Departamento.

De 1919 a 1924 actuó como miembro de la

Junta Directiva del Ferrocarril de Antioquia, y como Secretario de la misma de mayo de 1926 a junio de 1931. Por esta época y por encargo de la Junta, publicó en 1927 su **Compilación Legal del Ferrocarril de Antioquia** en dos tomos, el primero de ellos en dos volúmenes, y en 1924 el opúsculo **Francisco J. Cisneros y el Ferrocarril de Antioquia**, escrito con motivo de la inauguración de la estatua de este gran servidor del Departamento. Cisneros, nació en Santiago de Cuba el 28 de diciembre de 1836, y murió en Nueva York el 7 de julio de 1928.

Narradas sus actividades en el campo social, réstame hablar de la fecunda y variada labor literaria de GABRIEL LATORRE, ora como poeta original y traductor del alemán, del francés, del inglés y del italiano, idiomas que poseyó con bastante perfección, ora como orador vibrante y castizo; ya como conferencista admirable; ya como novelista y dramaturgo de mérito; bien como periodista ecuánime y sereno, bien como historiógrafo y publicista forense, y aún como profesor comprensivo y claro, sin dejar de ser clásico.

Entre sus poesías originaies, sin duda alguna la mejor es su soneto

QUEMUNCHATOCHA

Sereno y grave ante el tropel sonoro,
con ojos de altivez y rostro fiero,
miró Quemunchatocha al extranjero
bando asaltante de ladrones de oro.

Del trágico suceso sin desdoro
salió su Majestad. Silencio austero
opuso desdeñoso al bandolero
que le usurpó su trono y su tesoro.

En las recias batallas de la vida,
cuando se rinde el cuerpo y tiembla el alma
de la enemiga suerte al rudo ataque,

para no ver la dignidad fallida;
dáme tu augusta y silenciosa calma,
dáme tu orgullo y tu desdén, ¡Oh Zaque!

Dije ya que LATORRE fue un notable polígloto. Entre sus traducciones se distingue, por lo fiel, la que hizo de las célebres estrofas del poeta italiano Olimpo Güerrini, quien firmó siempre sus producciones con el pseudónimo de Lorenzo Stechetti, y murió en Bolonia el 23 de octubre de 1916.

Traigo el original para responder de la fidelidad de la traducción:

Quando cadran la foglie e tu verrai
a cercar la mia croce in campo santo,
in un cantuccio la ritroverai
e molti fior gli saran nati accanto.

Cogli tu allor pe tuoi biondi capelli
i fiore natí dal mio cor, son quelli
i versi che pensai, ma che non scrissi,
le parole d'amor che non ti disse.

Quando las hojas a caer empiecen
vé a mi tumba; hallarásla entre el misterio
de un humilde rincón del cementerio
y admirarás las flores que allí crecen.

Para tus blondos rizos toma aquellas
que mi pecho brotó: Son versos, ellas,
que pensé y no escribí, canción no oída,
frases de amor que no te dije en vida.

También es del melodioso idioma italiano **La Manzana** de Gabriele D'Annunzio, publicada en la revista **Lectura y Arte**. No resisto a la tentación de traerla aquí, por la sonoridad de la rima, por la riqueza de las ideas, y, sobre todo, por la originalidad de ser esdrújulos todos sus versos:

LA MANZANA

Pendono i frutti maturate al roseo
calor del sole, e tremano:
intati ancora. poiche ad Ebe l'intima
dolcezza lor consacrano.

Cuelgan los frutos que sazona el róseo
calor del sol, y agítanse,
no tocados aún, porque su íntima
dulzura a Hebe conságranle.

Bermejotes son, y con su peso y número
las ramas desconyúntanse;
y al brote de su efluvio olorosísimo
ríeme el alma, búllenme

dentro de la cabeza ideas de júbilo,
de amor bellas imágenes;
siento reír, a la verdad, el ánima,
cual si el vino embriagárala.

Aparece en el huerto Hebe, con súbito
gozo, y risueña, grítame:
—Tú, que al pie del manzano, reposándote
estás, un fruto alcánzame!—

—No seré yo; tú misma alcanzarástelo;
con mis brazos ciñéndote,
te elevaré a las ramas, oh dulcísima
Hebe.—Me dice: Súbeme,

pues, en tus brazos.—Y a las ramas álzola
hasta el buen fruto péndulo,
incitante lo mismo que en la fábula
antigua del rey Tántalo.

Yérguese el cuerpo de Hebe como una ánfora,
sus manos tiéndense ávidas
hacia la rama en actitud bellísima;
y en los desnudos cúbitos,

como nidos de amor, lindos y róseos,
dos hoyuelos sonríense,
que yo morder quisiera, y más provócame
que el fruto que no alcánzase.

Alzame más!—me grita—aún más! Un último
esfuerzo, y venció Tántalo!—
Y más la elevo, y más me abrasa el ímpetu
del deseo, sintiéndole

los miembros palpitar.—Victoria! grítame
y de un salto despréndese
de entre mis brazos, y huye, abandonándome.
—¡Triunfo!—el vergel contéstale.

Mas vuelve luego, a la piedad rindiéndose
y su boca ofreciéndome,
su cara boca, con el jugo aún húmeda
y de la cual exhálase,

cual de caliz de flor, el fragantísimo
aliento, dícame:—¡Bésame!
Y un largo beso doile. Y estremécense
de la envidia, los árboles.

Estas **verdaderas poesías** adornan mi prosa humilde.

También son traducciones tuyas **Gorgona** de
D'Annunzio, **El Guante** de Schiller, **A Elena** de

Poe, **El Parque y Montañas** de André Gide y **Tres sonetos** de Eugenio de Castro.

Y baste del **poeta**.

GABRIEL LATORRE poseyó una presencia elegante: Su cuerpo, enhiesto, fornido y bien proporcionado, estaba rematado por una cabeza de estéticas proporciones, cuyo rostro revelaba la nobleza de su prosapia; su mirada fue dulce y serena y su voz armoniosa, grave y sonora; y si a lo dicho agregamos la suma de sus vastos conocimientos y su acción natural y sencilla, tendremos que poseía todas las dotes de un grande orador. Por ello fue siempre solicitado para ofrecer banquetes obsequiados a altas personalidades políticas y religiosas.

Sólo haremos mención de dos de sus más importantes producciones en el ramo de la oratoria: El discurso que, como Profesor de la clase de Retórica de la Universidad de Antioquia, pronunció en la clausura de tareas, el 21 de noviembre de 1903, y el que declamó en la noche del sábado 25 de noviembre de 1916, en la inauguración del Paraninfo o Salón de Grados de dicha Universidad.

En el primero demostró de manera precisa, suave y elegante, la importancia que tiene el cultivo de la estética en la educación de la juventud, y muy especialmente de la juventud colombiana. "Belleza y verdad son, pues, bajo muchos aspectos, cosas idénticas", dijo LATORRE, con acierto, en esa ocasión.

Tengo el capricho de no citar ninguna de las muchas bellezas que contiene la segunda de las oraciones memoradas, para reproducir la manera como empieza, y contribuir con ello a que el Gobierno se preocupe de corregir prontamente los males que anota y que aún subsisten en muchos locales

para escuelas de la Nación. Prefiero, sin embargo, insertarlo íntegramente aquí, aun cuando prescinda en estos momentos de su lectura:

“Señoras, señores:

La inauguración de este hermoso Salón de Grados de la Universidad de Antioquia, que por obligado encargo del señor Rector tengo la ventura de ofreceros en esta fiesta suntuosa, marca en la apacible vida del instituto una brillantísima etapa. Este acontecimiento es, —me apresuro a decirlo, con la satisfacción del más modesto soldado en las nobles luchas libradas por Su Majestad La Belleza— un verdadero, un indiscutible triunfo de la Estética.

Antójaseme cual si toda una época de sombras y languideces hubiera pasado ya definitivamente al archivo de las historias, y una nueva puerta se abriese, amplia y desembarazada, ante las halagüeñas perspectivas de un luminoso futuro.

Evoca mi imaginación el recuerdo de aquellas casas destartadas en que tantas generaciones de escolares entenebrecieron los mejores años de su infancia y macularon de tedio una juventud rozagante, y llego en esta forma a explicarme ciertas peculiaridades tristes de nuestro espíritu, que tuvieron tal vez origen en aquellos nidos de vulgaridad, bajo la dominación de lo Feo.

Mansiones semiarruinadas de propietarios particulares, que nadie quería ocupar, por su situación lastimosa; vetustas moradas solariegas de empobrecidos hijosdalgo; mezquinos conventos de monjes que vientos revolucionarios desparramaron; edificios pertenecientes al común, que para otros fines fueron hechos (y bien sabido es que, entre nosotros, en materias de arte y de gusto, decir cosa del Gobierno y fea es una locución pleonástica);

tales eran—y siguen siendo aún en su mayor parte— los locales donde se enjaulaba inclementemente la voladora alegría de la estudiantil muchedumbre.

Arquitectura colonial de ordinarioz ofensiva, mustia como ese lapso luctuoso de anonadamiento y pereza con que se inició nuestra vida social, administrativa y política; construcciones sin estilo, de una pesadumbre agobiadora, con derroche de maderamen y superabundancia de tejas. Fachadas lisas, desnudas; techos desiguales y bajos; enormes ventanas prosaicas, abiertas aquí y allí asimétricamente y sin gracia; claraboyas mendicantes de luz entre la penumbra medrosa; tapias panzudas de tierra cubiertas de cicatrices; burdos poyos de cantos o de terrones con enlucimiento grosero; columnas de apariencia hidrópicas, menguadoras del sol y del aire, levantadas a cortas distancias, para soportar arcos chatos con aspecto de fúnebres bocas, cual las de los nichos mortuorios; escaleras roídas que trepaban misteriosamente por los rincones; inacabable serie de puertas toscas, desprovistas de la más modesta moldura, desteñido ya y casi negro el embadurnado rojizo; amontonamiento de vigas dondequiera se alzasen los ojos, en la reflexión o el ensueño. Fachadas, muros, arcos, poyos, columnas, las cañas y maderas de la techumbre, las tablas que cerraron huecos de puertas—las tres cuartas partes del edificio—enjabelgadas en desesperante monotonía con la plebeya cal que fue blanca, amarilleada ya por los años. Patios, como yermos, escuetos, sin otra vegetación o verdura que la de algunas malezas tenaces que economizó el pisoteo; largos claustros sombríos, donde se creía ver vagar silenciosamente el espectro encapuchonado de alguno de aquellos frailes macilentos que enantes habitaran la casa, dejando allí para siempre el sello de su melancólica vida; pavimentos de baldosas flo-

jas y gemidoras, que en las noches oscuras fingían, al estudiante desvelado, ledos paseos de gentes ya muertas que volviesen a este mundo a desenterrar un tesoro, peticiones de almas en pena que necesitaban sufragios. El polvo, el inextinguible polvo, desprendido incesantemente de los resobados ladrillos, arrojándolo todo, todo, como un enorme sudario. Por último, —en algún remoto pasadizo, con su puerta de gruesos tablones y con su cerrojo carcelario, en el centro el cepo de manos, húmedo el aire y mefítico, empasquinadas las paredes, el fatídico calabozo, terror de los pobres alumnos, y vergüenza de un sistema educacionista de que no quisiera acordarme. Todo era en aquellos vetustos caserones—acrecentados a veces en su fealdad por algún remiendo pretensioso—misericordia y desolación, infinita y honda tristura. Hasta el agua, la simpática hermana, que saltando en chorros alegres, como rapazuela en asuetos, elevándose al cielo, valiente, en regocijantes surtidores, canta la canción de la vida en nuestros jardines floridos, parecía salmodiar allí un responso eterno, al caer floja y desmadejada, y sumisa, al fondo lóbrego y sucio de una vieja alberca lamosa.

Dijérase que aquel sentimiento de fatalidad y sopor que envolvió en manto de plomo el período colonial, desterrado de otras esferas por la Independencia triunfante, hubiese buscado refugio en esos recintos de incuria, de insalubridad y mal gusto que, por una costumbre viciosa, eran precisamente los destinados para la educación y enseñanza de la juventud de ambos sexos.

Sí, señoras y señores: vosotros lo sabéis como yo: en aquellos antros de fealdad se nos educaba. ¿Qué mucho que llevemos, pues, en la sangre el virus de la vulgaridad, con su obligado séquito de

otros males, si allí, como en hervidero de miasmas, en la más propicia edad nos inficionámos?

Las primeras impresiones del mundo externo que en la niñez y en la juventud recibimos, perduran a través de los años y de todas las vicisitudes de la existencia, y nos acompañan, a veces ingratamente fieles, hasta la tumba. Nuevas influencias ejercidas sobre nosotros en épocas posteriores, pueden hacernos creer en la desaparición de esos gérmenes; pero un estudio más profundizado de nuestro espíritu nos demostraría su persistencia, con inequívocos testimonios de vitalidad sorprendente. Las ideas, y aún más que las ideas, los sentimientos que esas prístinas impresiones llevaron a lo subconsciente de nuestro sér—buenos o malos—reaparecen a lo mejor, cuando los juzgábamos idos; y son—en las almas aparentemente marchitas—como el florecer de los tallos en el basurero arrojados; —para las que puras parecen, y curadas radicalmente de perversidad primitiva,—como el furibundo zarpazo del tigre domesticado que, reasumiendo imprevisto su ferocidad no olvidada, derriba, mata, devora, con deleitaciones salvajes, a su domador arrogante. Tal dormitan en el limbo más profundo de nuestras almas, todas las virtudes y vicios de los iniciales influjos, para exhalarse un día en perfumes, esplendor en luces de aurora, resonar en cantos dulcísimos; o para brotar en tumores.

Si esas influencias tempranas robustecen inclinaciones que por atavismo nos vienen, nuestro carácter moral, o intelectual, o afectivo, aunque aparentare mudanzas, será inmutable en su esencia y de contextura de hierro; pero, heredadas o nó, su perduración es incontestable. En su brega sublime por la libertad, a pesar de rudas campañas, combatiendo el absolutismo y las diferencias civiles, Bolívar no pudo nunca olvidar sus aristocráticos gus-

tos; Páez, engrandecido y bajo dosel presidiendo, recordaba siempre al llanero; porque en Bogotá naciera y se educara, fue santafereño Nariño, aun contra la patria incipiente, cuya independencia fue el primero en buscar y por la cual sufrió como un mártir; José Félix de Restrepo, amamantado por la justicia, condenó al héroe gallardo en el culminar de su gloria, y pagó de su propio peculio una equivocada sentencia; signos misteriosos de sabio trazó el patriota Caldas en el muro de su prisión, antes de marchar al patíbulo. En una de nuestras novelas más genuinamente nacionales, nos cuenta su modesto autor, si mi memoria no falla, de un cándido sirviente de raza india que, puesto de hinojos al sol, un antiguo dios de sus ascendientes, lo adoraba haciéndose la señal de la cruz y rezando, con la más ingenua piedad, el padrenuestro cristiano.

Si con ocasión del estreno de este lujoso Parainfo, he rememorado antiguas fealdades, no es porque de modo exclusivo quiera hacer venir sólo de ellas nuestra educación defectuosa, sino por ser este asunto de la arquitectura escolar una de las causas que vician nuestra sensibilidad desde niños; y refiriéndome especialmente a Antioquia, pues no conozco bastante las demás regiones del país para emitir sobre ellas un fallo, acaso no sea aventurado afirmar, como otros con mayor autoridad que yo lo han expresado y con más certeras palabras, que somos un pueblo triste, que habita con nosotros el pesimismo y que la vulgaridad nos domina.

¿Hay por ventura algún hombre, medianamente civilizado, que pueda un instante dudar de que éstos son graves males?

Por lo que respecta a la realidad de su existencia entre nosotros, no me exijáis probanza completa: mostrar la vulgaridad, describir la vulgaridad es vulgarizarse. La tristeza, que sí es un sentimiento

estético, inspirador muchas veces de inmortales obras artísticas, mas por lo común deprimente, es lo que he intentado haceros sensible, esquivando aquellos detalles verdaderamente vulgares, como la nota culminante y dominadora en esos edificios paupérrimos de mi descripción desgarbada. Podéis encontrarla también en nuestra producción literaria culta, en la poesía popular, en los pocos cantos indígenas de nuestro musical repertorio; y si a lo urbano os llegáis, la veréis trocada en fea murria en nuestras ciudades y villas. La tristeza puede ser bella, sí; el aburrimiento es esencial e irremediablemente prosaico. La melancolía que nace de una superioridad de la mente, de una sensibilidad exquisita, de inconformidad con el medio, es privilegio doloroso de unos cuantos espíritus de selección; puede elevarse en algunos hasta las alturas del genio y debe infundirnos respeto. Pero éstos son casos aislados; cumbres orgullosamente surgidas en la lisa monotonía de las llanuras; y si aquellas eminencias humanas merecen sin duda alguna nuestra admiración entusiasta, imaginad qué peregrino manicomio sería el de una sociedad constituída íntegramente por genios. . . . No es, pues, esa clase de tristeza aislada, individual y poética lo que aquí estoy delatando. Es la tristeza común, que afiije a cada uno y a todos; esa tristeza ya endémica, que nos ha tornado misántropos y se revela a los otros con antipatías hirientes de que parecemos gozarnos; esa tristeza colectiva, hija de bastarda ironía y de pesimismo iletrado, que esteriliza y abate; esa cobardía impotente ante el esplendor de la vida; ese aburrimiento plebeyo; la vulgaridad en el alma; vicio antiestético y malo y que debe ser combatido.

Si estos males existen, pues, como la observación nos lo prueba, corresponde al educador la noble tarea de extirparlos o de impedir su brote funes-

to en el corazón de los jóvenes; mas no precisamente al magisterio privado, que puede perseguir en su labor educativa, con inobjetable derecho, todos los fines individualistas y utilitarios que a bien tenga; sino más especialmente a la entidad oficial, a quien incumbe, de manera imperiosa y directa, la creación de ciudadanos para la patria y la formación del alma nacional en sus numerosos planteles. La mera instrucción del alumno, no obstante su reconocido provecho, no puede obrar sino indirectamente y con muy mermada eficacia en estos asuntos, del dominio más bien de lo emocional y, por tanto, en el sentimiento basados. Esmerado cultivo de la sensibilidad, educación afectiva, estimulaciones morales, poetización de la vida: hé aquí los remedios más adecuados contra aquellos morbos del alma; y esto sólo puede alcanzarse entre nosotros, atendido nuestro estado actual de cultura, por la Religión y la Estética.

“Los impulsos sentimentales y místicos—dice Gustavo Le Bon—obran mucho más eficazmente sobre la conducta de los hombres que todas las demostraciones racionales. Una idea desprovista de sostén afectivo o místico, no ejerce ninguna acción. Es un fantasma sin prestigio, sin duración y sin fuerza”.

Efectivamente, nadie se pone en acción cuando la fe no lo alienta; nadie se sacrifica por una idea sino amándola; y como pienso asimismo que sólo se puede amar lo que es bello, y fe, admiración y amor son productos sentimentales, participo de la opinión de Vallet, que considera como un desacierto de la filosofía moderna el situar en la inteligencia, en la voluntad y en la facultad motriz toda la actividad humana, sin conceder a la sensibilidad parte alguna. La inteligencia razona; el amor obra; porque como alguien ingeniosamente dijera: “el corazón tiene

sus razones que la razón no comprende". La ética encuentra también en la sensibilidad su más firme apoyo y la mejor garantía de ejecución de su imperativo. Tiénese comunmente al sabio por insensible; estímase la frialdad en un juez como el máspreciado atributo. Errónea creencia: el sabio ama la verdad, y le ha consagrado su vida; el buen juez ama la justicia, y por eso son rectos sus fallos. La voluntad requiere el estímulo del amor para efectuar sus proezas. Los llamados **profesores de energía** son frecuentemente seres que, poseyendo aquella facultad en grado supremo, aplican su incontrastable actividad a la realización de una idea grande y hermosa que hizo palpar sus corazones con el entusiasmo y la fe, y aman, con grandioso amor de titanes, sus extraordinarias empresas.

Sentado ya que lo Bello produce, por la admiración, el amor; y que éste, en su esencia misma, es activo, pues la inacción en sentimiento tan vivaz lo trueca en excepcional o morboso; cultivemos en la juventud que se inicia la preciosa facultad de sentir, si es que queremos ser verdaderamente, y en un sentido excelso, hombres prácticos. Si el entusiasmo no existe, el sabio será simplemente un irónico; y si no arde en su alma la fe, es el pesimismo su lote.

¡Pesimismo! ¡Ironía! Refinamientos a veces de una intensiva cultura; lujo de la alta aristocracia intelectual; cúspide quizás, pero fría; un infortunio para el individuo común, a quien privan del goce de admirar y de creer, reduciéndolo a la impotencia; una desastrosa plaga para un pueblo.

Y es ésta ¡ay! una de nuestras mayores desgracias. Conmoverse, alabar, tener expansiones, vehemencias, no engañar nunca a nadie, ser franco. ¡Anatema! Cosa es solamente de bobos; y hasta hemos inventado un término—**sincero**—que en-

traña compasión y desdén y es de la más punzante ironía. Aquí en Antioquia todo entusiasmo es ridículo; toda ingenuidad causa lástima; y de todo Don Quijote ríe Sancho. Llamamos loco al que inventa, al que quiere emprender algo grande, y con malos presagios lo hundimos, y nos da placer su derrota; pero si llega a triunfar, obstinado, lo asechará como una fiera hambreada la envidia.

¡Jóvenes universitarios que me escucháis (tal vez riendo), vais a permitirle a este pobre ingenuo un consejo: ¡Tened el valor de ser **ridículos**, y merecéis bien de la Patria!

Necios son los que cortan las alas al entusiasmo y aherrojan el ímpetu de su amor, para no incurrir en la mofa de los patanes. La inactividad de los zánganos es una impenetrable coraza contra la crítica. Sólo puede volvernos risibles la acción; y el que no ha desplegado jamás actividad ninguna, es inmune. Y son esos tales los que, con torpes carcajadas, ríen desde la Tercera Galería, del llanto de los artistas que nos interpretan la vida; los que insultan sarcásticamente al luchador que sucumbe; los que, monopolizando el criterio, se erigen en jueces supremos e infalibles de todas las acciones ajenas.... “Es una gran ventaja la de no haber hecho nada; pero no se debe abusar de ella”—decía incisivamente el infortunado Oscar Wilde.

No haber hecho nunca nada; no dejar detrás huella ninguna al concluir nuestra pasajera existencia, es idea que empequeñece nuestra propia estimación y que amilanarnos consigüe. Bien triste cosa sería para nosotros que al abandonar este mundo, en el cual debiéramos habernos impuesto alguna misión que cumplir, pudiese, sin injusticia, aplicársenos aquel viejo epigrama francés, que no intento resistir a la tentación de citar y que malamente traduzco:

Murió Colás en su cama,
y a lamentarlo no acierto.
¿Qué diré yo por su fama?
Colás vivió; ya se ha muerto.

Obremos, pues, sin miedo y confiados, no sólo para nuestro propio interés, sino también y más principalmente para el de la Patria; y huyamos de esa otra especie de inactividad que se satisface a sí misma con no hacer mal a ninguno de deliberado propósito. No basta eso para ser buenos; y todos debemos aspirar a merecer este título. Jamás ha de echarse al olvido que tenemos una madre menesterosa—Colombia; que somos, además, miembros de una grande comunidad—la humana familia; y que así como en las compañías comerciales o de índole utilitaria, quien no da el aporte debido por el capital o el trabajo, y cobra, sin embargo, su cuota en las generales ganancias, no merece el nombre de honrado, hace también una estafa a la colectividad de los hombres, el socio indolente y estéril que, con vergonzoso descaro, se adueña de la energía acumulada y del laborar de los otros, sin traer por su propia cuenta al común acervo algo bueno.

¡Oh la infinita miseria de la impotencia y del ocio! ¡Oh la esterilidad prosaica del egoísmo! En aquel país que hipnotiza con su grandeza y poder nuestra descastada inocencia, como la serpiente glotona al pajarillo tímido, que acaba por precipitarse en sus fauces, los omnipotentes monarcas de la aristocracia del dólar se hacen perdonar toda la insolencia de sus colosales fortunas con instituciones espléndidas, erigidas con los más nobles fines humanitarios y consagradas al arte, a la caridad, a la ciencia. Aman prácticamente a su patria, y la enaltecen con ello. Pero aquí no tenemos patria; nos la arrebató la política. La pobre Colombia es un vasto feudo, re-

gido y explotado exclusivamente, ayer por un bando, hoy por otro; y el sentimiento de nacionalidad que los corazones anhelan, o no ha nacido aún, o se ahoga en el plómbeo ambiente formado por esa mezquina lucha de partidos, con aspiraciones pigmeas, de nuestra política estúpida. ¡Cómo suspiro por el advenimiento de esa época feliz en que—según la predicción de Morasso—“parecerá a los hombres honrados una vergüenza el pertenecer a un partido”!

Entretanto, amemos a la dulce Colombia, aunque desgarrada y llorosa, y paguemos honradamente a la humanidad su tributo: con esplendidez los pudientes, y con su modesto óbolo el pobre, que así cumplimos también los en buena voluntad abundosos, mas de fecultades escasos; y consideremos humildemente que el bien que tuviéremos la fortuna de realizar en pro de la sociedad, es el mejor rescate que podemos presentarle para que nos sean perdonadas las faltas (¡tántas y tan graves a veces!) de que nos hicimos culpables.

Así lo exige el sentimiento fecundo de la humana solidaridad, que en no interrumpida cadena aduna con el generoso pasado el presente, que hereda y transmite, y a éste con el porvenir, que recibe. Para merecer la herencia de bienes que nos legaron las generaciones pretéritas, trabajemos también por las venideras; y si fuere necesario aún para su conservación o su dicha, imitemos valerosamente la heroica hazaña de los soldados de caballería de Waterloo que poetizó Víctor Hugo: arranquemos el freno y hundamos la espuela a nuestros corceles, para que en glorioso galope derrumbados, hombres y bestias, colmemos los fosos profundos, y puedan marchar al asalto por sobre nuestros despojos palpitantes los que tras nosotros vinieren.

Dignos ideales serían éstos para la juventud,

para todos. Ellos—ampliando sus horizontes al espíritu, mejorando eficazmente el corazón, sentimentalizando la inteligencia, haciéndonos hermosa la tierra, exaltando al Cielo las almas con el sentimiento religioso, dando a la actividad humana un fin noble,—nos harían amar la vida, gozar intensamente la vida, aceptarla con satisfacción íntima y pura, recibirla agradecidos como un tesoro, y bendecir a Dios por su dádiva.

Arrojemos lejos de nosotros ese sentimiento suicida de considerar un mal la existencia. No es **el delito mayor del hombre el haber nacido**, como lo proclamaba el tétrico Segismundo. Para toda alma verdaderamente sana, la existencia es un bien; y el gozo de vivir que muestran los niños, las aves, de que parecen disfrutar las flores, el agua juguetona, las brisas, la aurora linda y coqueta, el cielo azul, la enramada que despide efluvios de dicha; cuanto hay de inocente y de ingenuo, despierta nuestra simpatía cordial porque es, entre todas las cosas puras, la que más pureza contiene. Hagamos la vida hermosa, y la alegría del vivir impregnará para siempre nuestros corazones.

A thing of beauty is a joy for ever

cantó el dulce poeta inglés, en verso universalmente conocido y que merece el mármol y el oro: **Produce la Belleza un gozo eterno.**

Creo, señoras y señores, que para reforzar estos bellos ideales, nada puede haber tan eficaz como la educación religiosa. Y nótese bien que no digo **instrucción** religiosa, sino **educación** religiosa. Son dos cosas muy distintas. El ateo puede entender, y entiende a menudo, muchísimo más de religión que el creyente. Aquél tiene el saber sin la fe; éste, con una fe muy profunda, suele ser escaso de ciencia. La instrucción se nos brinda abundantemen-

te en todos los colegios y escuelas; la educación nos la dieron las madres (¡que Dios se lo pague en su gloria!); nuestras buenas madres, que no cursaron teología ni aprendieron apologética, pero que guardaban en el alma un caudal inmenso de ternuras.

Porque más que un sistema de verdades, es la Religión un sentimiento; y, en este concepto, todos los colombianos somos y continuaremos siendo católicos. Llevamos el catolicismo en la sangre; palpita en nuestros nervios su fuerza; guía nuestros actos su influjo; forma nuestro gusto su estética; rige el pensamiento su numen. De generación en generación, a través de siglos y luchas, nos llegó desde la España remota de los primitivos cristianos, y antes de nacer a la vida los que hoy a Colombia poblamos, eran ya católicas nuestras almas. Católicos somos, pese a quien pesare, —torno a aseverar— todos los que no las brumas tediosas del frío Septentrión respiramos, sino la atmósfera cálida, pródiga en luz, rica en gérmenes vivos, de la desposada eterna del Sol, y deleitamos desde nuestra infancia la vista con la voluptuosidad y opulencia de esta nuestra espléndida zona. Católico es nuestro idioma, católicas nuestras artes, es nuestra ciencia católica, son nuestras costumbres católicas; y es el catolicismo, en fin, la más íntima esencia de nuestro ser individual, y primera y principal condición de nuestro existir como raza. ¿Por qué se teme, pues, la mengua o la desaparición del catolicismo en esta nación devotísima, si los mismos que intentan herirlo y de incredulidad alardean son en su corazón—sin saberlo,—son en su conducta católicos?

Desconfiar de nuestra propia persona es una cobardía humillante: es anticipar la impotencia; renegar de nuestra idiosincracia étnica, una indignidad lastimosa; augurar la extinción inminente de lo que constituye el fundamento de nuestra homoge-

neidad como nación, un suicidio. Mas, afortunadamente, los pueblos no se suicidan; y si en el nuestro sabemos cultivar amorosamente esos caracteres esenciales, sin cuya persistencia precisa la disgregación sobreviene, llegaremos salvos al puerto de nuestros anhelos y esperanzas; y en ello debemos confiar con seguridad orgullosa,

Que la raza está en pie, y el brazo listo,
Que va en el barco el Capitán Cervantes
Y arriba flota el pabellón de Cristo.

La Religión forma el vínculo más poderoso en la nacionalidad de los pueblos. Así lo reconocen no pocos espíritus libres. El mismo Guyau—el más persuasivo esteta que yo conozca,—no obstante haber proclamado **la irreligión del porvenir** en uno de sus libros más bellos, protesta contra el destierro de aquélla en la enseñanza moderna. En Colombia, es quizás el solo lazo de unión y de solidaridad con que para lo presente y para lo futuro contamos; y dudo de que haya algún colombiano tan descastado que anhele sinceramente por que se le arrebatase a nuestro mísero pueblo el único consuelo de su vida y la única esperanza de su alma.

Las ideas mudan incesantemente, y sólo pueden conservarlas cristalizadas en su integridad primitiva los que del pensar prescindieron. ¡Con cuánta indiferencia las abandonamos a veces, como se abandona un vestido que pasó de moda o se ha roto! En cambio, el sentimiento que las engendró permanece, en la generalidad de los casos, máxime si fue noble su cuna.

Pueriles por demás son los temores de que se extinga entre nosotros el sentimiento religioso, al cual se halla vinculada íntimamente toda nuestra existencia afectiva. Religión es más que idea: es amor. Es nuestra cándida infancia, en que a que-

rerla empezámos sobre las rodillas de la madre, y a aprender sus lindas leyendas; es la juventud ardorosa, en que brotó en nuestros pechos el entusiasmo por todo lo que encarna hermosura, por todo lo que irradia nobleza; es la edad adulta y juiciosa, cuando el sentimiento se acendra, con el férvido culto de la familia y los sacrosantos recuerdos; es la ancianidad, que aminora con la esperanza y la fe sus padecimientos, y que apartando de la tierra la vista, la convierte, con muda plegaria, a la esplendorosa ruta del cielo. Es el jubiloso diciembre, con su poética nochebuena, el Niño Jesús, el pesebre rústico, la adoración de los Magos pomposos y de los humildes pastores; es el Divino Maestro a la mesa del Jueves Santo, con el pan a un lado—su carne—, a otro lado el caliz rebosante de rojo vino—su sangre—, larga y ensortijada la cabellera, con pliegue de infinita bondad la elocuente boca, tan hermoso, tan insinuante, tan bueno, con esos grandes ojos extáticos de tan inefable dulzura; es aquel altar de la iglesia, todo resplandeciente de luces, envuelto en el humo aromático de nuestros incensarios de acólitos; es el órgano colosal que retumba majestuosamente bajo las bóvedas sacras; es la Santísima Virgen del oratorio casero, luciendo su diadema de estrellas, con su manto azul desplegado, tan tiernamente bella y tan pura, y que tanto quiere a los niños que son, como el suyo, formales y obedecen a sus mamacitas. Es, en el vigor de la vida, la esposa que al pie del ara nos entrega solemnemente el representante de Cristo, con las más sublimes palabras que para dignificar a la mujer se hayan pronunciado en el mundo: “Compañera te doy, y no sierva”; es el primer hijo, ese brote de nuestro más íntimo sér, prenda de nuestra perdurabilidad a través del tiempo, que recibe en la pila del bautismo, sobre su cabecita querida, el agua lustral que lo limpia de la vieja falta del

hombre; es la bendición del padre que expira con los turbios ojos clavados en el crucifijo bendito; es la amantísima madre que al darnos el sér nos dio también parte de su alma, la inolvidable madre que se cierne sobre nosotros, ya arrebatada del mundo, como invisible hada benéfica, cuyo nombre familiar invocamos infantilmente en los inminentes peligros, cuya sonrisa de aprobación quisiéramos ver brillar en nuestros momentos virtuosos, en nuestras pequeñas victorias, cuyo rostro creemos contemplar dolorido cuando nos salpica la vida, y por cuya veneranda memoria habremos de morir abrazados a la santa cruz del cristianismo, para poder sentir otra vez, allá en las celestiales moradas, el beso purificador de sus labios sobre nuestras frentes marchitas.....

Tú también, Universidad de Antioquia, eres madre mía espiritual que me enseñaste a ser bueno; y hoy, al querer abonar a esa sagrada deuda de mi gratitud algo que de tí fuera digno, ¿qué es lo que he logrado ofrecerte? ¡Palabras, ruido de palabras tan solo! ¿Hay acaso ideas en ellas? ¿Hay algún saber en su fondo? **Ach! was ich weis, kann jeder wissen-mein Herz habe ich allein**, siéntome llevado a exclamar con el melancólico Werther, pues como de sí mismo expresara el apasionado amante de Lotte, también a mí me cuadra decir: **lo que sé, puede cualquiera saberlo; yo no tengo más que mi corazón**; y ese corazón, donde tú sembraste amorosa la admiración por lo Bello, es para tí mi ofrenda única, a tus pies ¡oh madre! lo arrojó.

¡Salve, Universidad de Antioquia! **¡Alma mater!** Siempre fuiste buena; hoy hermosa. Este hijo tuyo humildísimo, que nunca ha dejado de amarte y que por servirte se afana con lo que tú misma generosamente le dieras, te saluda, alborozado con

tu remozada belleza en este festival de cultura, y te presenta a todos, ufano, en tu regio traje de gala.

¡MATER ADMIRABILIS, SALVE!”

Pasemos a otro tema.

De las conferencias dictadas por LATORRE durante su meritoria vida, citaré la que sobre **La Pereza Intelectual** dictó en la Sociedad Pedagógica Autónoma—Corporación llamada a producir grandes bienes y que no obstante, fue ahogada en su cuna—y la que dio en el Paraninfo de la Universidad sobre **Civilidad**, a petición de la entonces Reina de los Estudiantes, Doña Inés Greiffenstein.

De la primera de ellas son estos deliciosos párrafos tomados del número 69—Septiembre de 1914—de la revista **Alpha**, en donde fue publicada la conferencia:

“Eso de los estudiantes buenos y de los estudiantes malos, es concepto muy vago y que tiene mucho de discutible. Estudiante **bueno** es llamado el de irreprochable conducta, que da siempre bien sus lecciones; y **malo**, el de caracteres opuestos. No hablemos de la conducta, que nada tiene que ver con el fin que aquí me propongo ahora. Observaré sólo de paso que cierta conducta que de mala se califica, suele ser un signo de noble rebeldía y de independencia loable, muestra de un carácter íntegro y alto, presagiadora de futuras energías y de sorprendentes victorias; y que la hipocresía yace con mucha frecuencia escondida bajo la máscara de los **buenos**. Me detendré tan solo en lo de **dar bien la lección**, porque ello ilustra mi tesis.

“Hago nuevo descarte de los estudiantes que recitan textualmente y sin entender una línea páginas enteras del libro: Esos no son seres racionales: son fonógrafos. Y los profesores que ordenan o con-

cienten este ejercicio, exclusivo de la memoria, con anulación de la inteligencia, merecen un nombre muy duro y despectivamente sonoro: ¡Infames!

“**Dar bien la lección** sería, pues, repetir con expresiones y estilo de la propia cosecha lo que reza el libro. Eso está ya muy bien. El estudiante ha ganado una buena calificación y presentará exámenes lucidos. Pero ¿basta esto?—pregunto. Nó, no basta. El libro y aún las explicaciones sabias del profesor, por muy numerosas y variadas que sean, no agotan la materia, porque toda ciencia es inagotable. Son, si bien se considera, una mera sugestión para la mente del discípulo; algo como la llamada poesía simbolista, que, sin decir las cosas, las sugiere. Toca al que es verdaderamente un buen estudiante hacer, sin otra compañía que la de su mente laborista, el resto de la jornada. Analizar lo aprendido, considerarlo por todas sus faces, deducir las consecuencias, sintetizar, abstraer, imaginar otros ejemplos y aplicaciones, descubrir nuevos vínculos entre las ideas, comparar la materia objeto de estudio con otras ya estudiadas o que esté estudiando.... En una palabra, suplir con el ejercicio de su mente, exenta de pereza, lo que el libro o el profesor no alcanzaron a enseñarle. Porque, lo repito, un profesor no puede, por muy hábil que se le suponga, decirlo todo, ni debe decirlo todo, para dejar así campo abierto a la iniciativa intelectual del discípulo.

“Y es precisamente todo esto lo que la mayoría de los **buenos estudiantes** actuales no hace nunca. La sola idea de tener que poner en función la perezosa mente, los descoyunta y fatiga.

“Recuerdo que cuando yo era estudiante de Economía Política, bajo la dirección de mi inolvidable maestro el Dr. Rafael Uribe Uribe, sufrió mi petulancia de estudiante aprovechado un golpe ru-

dísimo, con la frase de despedida que, al clausurar el curso, nos dedicó a sus discípulos el ilustrado profesor: "Muchachos, han trabajado Uds. muy bien, y tengo la satisfacción de decirles que ya saben Uds. estudiar Economía Política".

"Porque eso es lo que se aprende en los colegios, y nada más: a estudiar. ¡Felices los que consiguen tan difícil cosa! Son los menos...."

En 1905 se publicó la novela **Kundry**. Nada propio diré sobre el novelista porque el sabio español don Miguel de Unamuno se encargó de analizar la citada novela, en estudio publicado en **La Miscelánea**, entregas 4a. y 5a. correspondiente a los meses de marzo y abril de 1906. De ese meritorio trabajo son los siguientes párrafos:

.....

"En la preciosa novelita antioqueña de D. Gabriel Latorre, titulada **Kundry**, y cuando creen los convecinos de Pedro, que éste va a casarse con la heroína, Carolina o sea Kundry, el P. Zuláibar, "confesor que fue de su madre (la de Pedro), preocupado de abolengos, partidario de las alianzas entre las gentes de pura cepa española, y conocedor de la genealogía de las viejas familias medellinenses como de sus propias manos, habíale mandado, como tenía por costumbre en todos los casos de esponsales declarados entre la gente blanca, una nota explicativa de su parentesco con Carolina; era muy remoto, y, como lo explicaba el bueno del sacerdote, **no necesitaba de dispensa**".

.....

"Gusto poco de los finales trágicos. Me ocurre algo de lo que he leído le ocurría a Darwin, y es que

se hacía leer novelas por las noches, durante la velada, y si el argumento terminaba mal, es decir, si dos novios no conseguían casarse, o el uno hacía traición al otro u ocurría cualquier otra desgracia, se malhumoraba, y, llegó alguna vez a decir que él obligaría a los autores a que terminaran todas las intrigas novelescas de una manera placentera y grata. Harto tenemos en la vida real con la feroz lucha por la vida y las tristes consecuencias que trae, para que nos la lleven también al mundo de la ficción.

“Por esto me ha dejado cierto dejo de amargura la novelita **Kundry** del Sr. Latorre, que he leído de dos tirones, en un solo día y con interés creciente. Aquella Carolina, a la que su novio Pedro le llama **Kundry** por comparación con la salvaje tentadora de Persifal, llega pronto a hacerse simpática, y sufre uno con sus decepciones y desengaños más aún que con la desesperación que lleva a Pedro al suicidio.

“El argumento es sencillísimo. Pedro y Carolina se quieren desde muy mozos; él es uno de esos jóvenes que decimos que tienen buen fondo—pero acaso tan hondo que es como si no lo tuviesen—rico, caprichoso, queriendo de veras a Carolina, pero huyendo del matrimonio como de la peste; buscando una libertad ilusoria y soñando en el inevitable viaje a Europa. Aunque quiere a Carolina, flirtea con Julita, una europeizada y árbitra de la moda, y el snobismo en Medellín, cultivando aquel aforismo de D’Annunzio, de ese desastroso, repulsivo y huero Rapagueta, lo de que el sueño de los intelectuales es **essere costantemente infidele a una donna costantemente fidele**. Y Carolina sufre. Y ocurre lo que en el cantar de Heine, y es que se terea otro, Guillermo, el alemancito, un joven tímido, bueno como el pan, pero insignificante; un buen sujeto

educado en Alemania y que no se atreve a pretender a Carolina, amándola en silencio. Y Carolina, por atraer a Pedro, anima a Guillermo. Y Pedro vuelve, y los amores se reanudan con más ahinco y pasión, y **Kundry**, la vehemente Carola finge tornarlos como Pedro los torna para mejor asegurarlo. Y cuando parece que van camino de la boda, Pedro vuelve a arredrarse ante un ridículo fantasma de servidumbre y vulgaridad en el matrimonio, y va de nuevo a Julita, y esta vez Carolina sufre más que nunca. Espera en vano la segunda conversión de su novio, y desengañada, diciéndose: ¡No ser boba! concierta definitivamente su matrimonio con Guillermo. Pedro no lo cree al oírlo, pero se cerciora oyéndolo de los labios mismos de Carolina.

—Y le quiere Ud. mucho, Carolina?

La doncella vaciló un momento, como si consultara con su conciencia, y exclamó luégo, compasiva y solemne:

—Es muy bueno. . . . ¡Ha sufrido!

Y al preguntarle más luego Pedro: “y a mí; que sufro, no me ama Ud. ya, Carolinai Nól!—respondió la implorada con energía salvaje”.

Pedro rompe a llorar, pasa una recia crisis, y ella implacable. Va él a su casa y recuerda los principios de sus amores—son unas páginas deliciosas y delicadísimas—y más adelante, la víspera de la boda de Carolina con Guillermo, se suicida tomando un veneno. Y ella, como la heroína del cantar de Heine, se casará con el alemancito aunque el autor no nos lo dice.

Y todo esto va en un relato llano, sencillo, apacible, íntimo, que recuerda un género que entre nosotros parece pasado de moda, lo cual quiere decir que volverá a ponerse en moda el mejor día.

Les digo a ustedes, mis lectores, que este relato y el relato de la "Inocencia" de Francisco de P. Rendón son de las cosas que con más agrado pueden leerse, que son verdadera y genuina literatura americana.

.....

La acción ocurre en Medellín, en la "católica ciudad" de Medellín, ciudad que, al decir del autor, es la "más antipática y aburridora de la tierra", ciudad de "pobres mercaderes que todavía pisan con miedo la alfombra de los salones, y de niñas sometidas a quienes la severidad de costumbres ata la lengua y esteriliza el espíritu". Pero no le hagamos caso. Donde ha podido producirse una **Kundry**, como Carolina, hay jugo de la tierra, y no se comprende que haya jóvenes que cifren su sueño dorado en venir a vagabundear por Europa. El mismo Pedro, que sueña con ir a París "cerebro del mundo, centro de las elegancias, Babilonia de las grandezas, compendio de todos los placeres, tierra del champaña y del **esprit** y de las mesas opíparas y de las muchachas alegres"—y qué bien ha acumulado el autor en cabeza de su Pedro todas las vulgaridades acerca de París—ese mismo Pedro, cuando al verse sin su **Kundry** medita el suicidio, manifiesta aborrecer "esa tierra de cocineros y de meretrices" y "nido de peluqueros y de alcahuetes", exagerando ahora, y no menos, aunque por otro extremo. Es lo natural. Y agrega estas nobles palabras: "No valen, nó! lo que una muchacha de nuestro pueblo y de nuestra raza, que nos ama desde que fue capaz de sentir amor! que no ha amado nunca a ningún otro".

Si las muchachas antioqueñas son como las pintan Carrasquilla, Rendón y Latorre, uno de los mayores servicios que podíamos hacer a los tantos

jóvenes que ahora emigran de nuestra patria, es dirigirles a Antioquia, pues es seguro que para merecerlas se pondrían a trabajar con honradez y corahinco.

Repito, y va una vez más, que conozco poco más simpático que esta literatura antioqueña, y ella sí que es parte de nuestra literatura y nos suena a cosa nuestra y muy nuestra”.

Toca el turno al dramaturgo.

En octubre de 1906 terminó LATORRE su drama en tres y en prosa titulado **Susana**, drama que corre publicado en las entregas 26 y 27 de **Alpha**, correspondientes a febrero y marzo de 1908. Es todo un poema consagrado al amor maternal, porque **Susana** es una verdadera madre que salta por encima de todos los prejuicios y convencionalismos sociales hasta conseguir la felicidad de su hija Inés.

El primer acto, con figuras decorativas y simpáticas como Lucía y D. Basilio, es un perfecto idilio entre César e Inés, quienes después de una separación de tres meses, motivada por hablillas de un tomatragos chismoso, que hieren la suceptibilidad de César, se hacen sus declaraciones amorosas y gratas confidencias, sin presentir la tormenta que se avecina sobre sus castos amores.

César, por su carácter levantado y enérgico; por el noble orgullo que heredara de sus ascendientes; por la galanura de su dicción; por la cultura de su trato; por su figura atrayente y esbelta, y por otras diversas cualidades, antójaseme un retrato físico y moral de GABRIEL LATORRE.

En esas confidencias traza César “la historia de millones de seres, que en todas las épocas han desfilado anónimos por el mundo, y que pasan y

desaparecen, y vuelven a pasar y a desaparecer por siglos y siglos, como las ondas en el río, con una monotonía atroz y desesperante....”

“Es—dice—el eterno clisé de todos los desheredados. La lucha incesante por el pan, que no alcanzamos a saborear siquiera, ya conseguido, porque va empapado de amargura. Las ropas amarillentas y retocadas con todas las industrias de la miseria, que, en vez de encubrir, pregonan su ruina. La casa escueta de muebles y reluciente de limpieza, con todo ese orden, con toda esa meticulosidad que están proclamando a gritos: “¡hay pobreza!”

Las economías pueriles, del tabaco suprimido, de las corbatas vueltas y rehechas, de los botines remontados, de las bujías apagadas en las nocturnas pláticas de familia. La ausencia de todos los extras gratos de la vida y de todas las superfluidades costosas que la embellecen. Las prendas en común para las mujeres, cuya sola mantilla va recorriendo en turno varias misas. Los embustes sociales y los pretextos inventados para sostener el rango. Las piadosas mentiras entre padres, hijos, hermanos, para justificar privaciones e infundir al luchador el ánimo que decae. Las lágrimas enjugadas a hurtadillas. Los suspiros hondos y sonoros que turban con estallido de protesta, el silencio de noches eternas en que todos fingen dormir, y todos están insomnes en su lecho....

¡Noches horribles, Inés, noches de delirio! y que, sin embargo, bendigo, porque al menos estaba ya solo, porque ellas eran verdaderamente mi reposo, porque me cobijan con su manto de oscuridad y me ocultaban del mundo!....

Pero llegaba otra vez la luz, y con ella, el insufrible roce con las gentes; las humillaciones sin fin y diariamente renovadas; el sentimiento de mi inferioridad y de mi impotencia; las comparacio-

nes crueles, las decepciones que matan la fe; la soledad en medio del tumulto; la hostilidad.... ¡Oh! no; el mundo no me ha sido nunca hostil, y casi lo deploro: eso talvez hubiera servido de acicate a ocultas energías y despertado en mí talentos ignorados.... No fue hostilidad lo que encontré: fue la indiferencia que paraliza y que hiela; puerta de hierro sorda y cerrada, donde ensangrentaba a golpes mis puños, sin que un solo eco de simpatía respondiera a mis llamamientos.... Y el orgullo, Inés, el orgullo, que crecía un tanto a cada nueva humillación presentida, hasta convertirse en susceptibilidad morbosa, en misantropía honda y funesta; y que vigilante siempre y erguido, traía en borbotón ardiente sangre a mi rostro, a la menor sospecha de una de esas compasiones que afrentan como bofetadas....

Diez años duró aquel martirio, Inés. Y hoy que veo a mis hermanitas ya casadas y felices; a mi madre agasajada por sus yernos y disputada por sus hijas; y me considero yo mismo, aquí, a su lado, Inés, independiente y dichoso, pienso que todo aquel pasado oscuro fue....

—Una simple pesadilla, concluyó donosamente Inés.

La llegada de don Eduardo, esposo de Susana quien so pretexto de negocios llevaba en Bogotá una vida de juerga y disipación desbarata la tranquilidad de ese hogar. Pretende que su confiada esposa enajene las acciones de la mina **Volcancitos**, aparentemente para la conclusión de una fábrica de cerveza, y en realidad para marcharse a Europa con una cantante de ópera, la "Benedetti"; la esposa va a ceder, tanto por la confianza en su marido, a quien ama ciegamente, como por la felicidad de su hija, pero sorprende a Eduardo besando una

carta de la amante, y se da su trasa y maña para apoderarse de ella. En esos momentos entra César que viene a pedir oficialmente la mano de Inés, y don Eduardo, sin acordarse que él mismo unió su suerte a la de Susana a pesar de la diferencia de fortuna, hiere la susceptibilidad del noble mozo mostrando el contraste entre su falta de capital y la riqueza de aquélla. Con altiva dignidad retira su petición e Inés, que ha presenciado la escena, oculta tras un biombo, se desmaya en un sofá; y cuando el padre va a socorrerla, Susana, la leona herida, le dice: —“¡Nó; no la toques tú! Infame!, que la manchas! Véte! véte ahora mismo de mi casa! miserable!

Así termina el segundo acto.

En el último, es cuando se relieva el acendrado amor maternal de la heroína. Inés, tras cruel enfermedad y por sugerencias de clérigos y beatas quiere hacerse Hermana de la Caridad, pero Susana agota todos los recursos hasta hacer desistir a su hija de sus propósitos, y reconcilia a los amantes.

Es digno de citarse la manera como D. Basilio describe el tinterillo de parroquia: —“Ah! sí, **Paloma**: un apodo que le pusieron en los Juzgados, porque todos los asesinos que defendía eran para él blancos e inocentes como paloma.... Lo conozco mucho. Un pasquínero de oficio, el cobrador de compartos en todas las guerras: el expropiador de ganados; el perro de presa de todos los gobiernos; el terror de las oficinas; un cagatintas capaz de meterle pleito a la Santísima Trinidad por la posesión del Limbo o por los linderos de la Gloria.... ¡Un facineroso!”

Si Unamuno hubiera escrito algo sobre este precioso drama, no habría citado a Darwin, pues-

to que termina como estos pensadores lo desean, esto es, felizmente, o sea con el consabido casorio.

LATORRE colaboró en revistas literarias y científicas y fue director y fundador de **El Montañés**, cuyo número primero salió en septiembre de 1897. En él hay un importante estudio sobre la obra literaria de Samuel Velásquez, hijo de la pluma del esteta de quien vengo hablando.

Para juzgar del mérito de la citada publicación, baste saber que en ella colaboraron Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Antonio José Montoya, Obdulio Palacio, Saturnino y Carlos E. Restrepo, Tulio Ospina, José A. Gaviria, Emilio Robledo, Gonzalo Vidal y otros semejantes. Del último es una romanza titulada "Crepuscular", con letra de GABRIEL LATORRE.

Con el número 24, de noviembre de 1899, terminó **El Montañés**.

Por autorización de la Academia Nacional de Historia, aprobada por el Ministerio de Instrucción Pública, en casa del doctor Manuel Uribe Angel, a las dos de la tarde del día 3 de diciembre de 1903 y bajo la Presidencia del nombrado doctor, se reunieron los señores doctor Fernando Vélez, don Alejandro Barrientos, don Estanislao Gómez Barrientos, don Ramón Correa y don José Ma. Mesa Jaramillo, con el fin de instalar la Academia Antioqueña de Historia. El último actuó como Secretario. En la sesión del 14 de los mismos acordaron, como socios fundadores y de número, fuera de los dichos, los siguientes individuos: GABRIEL LATORRE, Gabriel Arango Mejía, Camilo Botero Guerra, Manuel Botero Echeverri, Fidel Cano, Juanario He-

nao, Sebastián Hoyos, Francisco de P. Muñoz, Obdulio Palacio Muñoz, Clodomiro Ramírez, Benjamín Tejada Córdoba y Eduardo Zuleta.

Se ve, por tanto como dije atrás, que LATORRE fue socio fundador y de número de esta alta Corporación, regida hoy por los doctores Guillermo Jaramillo Barrientos y Juan Bautista Londoño, como Presidente y Vicepresidente. Es Secretario actual el estudioso e inteligente joven Bernardo Puerta G.

Para comprender la manera como LATORRE consideraba la Historia, basta citar los siguientes párrafos del discurso que pronunció en la Universidad el 21 de noviembre de 1903:

“La historia, que no es ya esa cansada narración de hechos, insufrible en su monotonía, ese catálogo de fechas que nada dicen, esa lista de nombres con que se ha esterilizado tantos cerebros infantiles, no ha podido adquirir el carácter de ciencia que, utilizando todo aquello como simples datos, descubre las leyes generales que informan la vida de las sociedades en el desenvolvimiento de los tiempos, sin la valiosa cooperación del Arte, del Arte que, en consorcio con otros ramos del saber, ha conseguido sacarla de su empirismo primitivo, llevándola al rango eminente que hoy ocupa en la escala de los conocimientos. La leyenda, que es a la historia lo que los colores a la pintura, lo que la expresión al semblante, la fábula, la mitología, han venido a ser documentos de que no puede prescindir el historiador concienzudo; y es a la *Ilíada*, a los cantos del *Ramáyana*, a los *Eddas*, a los *Nibelungos*, a las *Mil y una Noches*, a los *Fabliaux*, a los *Romances* de la plebe, a tantas otras producciones de la plebe, a tantas otras producciones de las literaturas nacionales, al simbolismo y liturgia de las religiones, a la indumentaria de las antiguas gentes, a don-

de va el sabio a buscar el alma de los pueblos; así como cavando en las entrañas de la tierra y revolviendo el polvo de las ciudades muertas, pide a los vestigios del Arte que sepultaron los siglos, el secreto de las generaciones idas. Porque es en las producciones artísticas donde los pueblos han depositado, con toda la sinceridad del sentimiento, el símbolo de sus anhelos, sus más recónditas impresiones, las intimidades de su sér; y puesto que las obras del Arte no son casos aislados y casuales, sino—como lo sostiene la doctrina de Taine—producto natural y obligado del medio donde nacieron, esos vestigios permiten al sabio la reconstrucción del pasado en lo que tiene de más apreciable—su alma misma”.

“La poesía es una especie de ciencia espontánea, ha dicho el esteta. Ambas enseñan; la ciencia, con el poder inflexible de sus axiomas, la poesía, con el dulce atractivo de sus imágenes. Aquélla manda como déspota; ésta se insinúa como amante. Ambas predicán la verdad al mundo; pero la ciencia afirma, y la rigidez de sus fórmulas es a las veces como puerta que se cierra; la poesía sugiere, y todo un mundo de visiones desconocidas parece abrirse a nuestras miradas”.

Hay que considerar también a LATORRE como distinguido jurista.

Varios abogados de nota, tales como Miguel Moreno Jaramillo, Clodomiro Ramírez y otros, gustaban de oír sus defensas ante el Jurado—piezas clásico-jurídicas—por la elegancia de la dicción y por la manera delicada, suave y clara con que analizaba disposiciones penales y expedientes para llevar el convencimiento al ánimo de los Jurados. Algunas de ellas vieron la luz de la publicidad en **Colombia**, y otras fueron divulgadas, por la **Agencia Judicial de Moreno Jaramillo**.

Para concluir esta ya larga disertación, diré dos palabras sobre el Profesor de Estética. A pesar de que sus clases eran a las seis de la mañana, ni un solo día faltó, ni una sola vez llegó retrasado y ningún discípulo dejó de concurrir a ellas.

Tales clases eran amenizadas por gracejos de buena ley, por recitaciones sonoras y por escogidas lecturas de clásicos.

Trataba como a simples amigos a sus discípulos, y llegó en su amplitud a permitir a los más grandes fumar durante sus horas de enseñanza.

Un detalle que dice bien de la alteza del profesor: Ningún alumno en año alguno llegó a perder este curso.

Como dije antes, LATORRE murió en esta ciudad el 23 de febrero del año pasado. No conocemos de la Gobernación decreto de honores a su memoria; en cambio, la Asamblea dictó la siguiente

ORDENANZA No. 15

(julio 4 de 1935)

por la cual se honra la memoria de don Gabriel Latorre.

La Asamblea Departamental de Antioquia,

en uso de sus facultades legales, y

Considerando:

1o. Que el día 23 de febrero del presente año murió en Medellín el eminente ciudadano y literato antioqueño don Gabriel Latorre;

2o. Que don Gabriel Latorre fue un insigne educador de varias generaciones de Antioquia, las

cuales recibieron de su permanente apostolado de esteta, sabias y perdurables enseñanzas;

30. Que por varios lustros regentó en las aulas de la Universidad de Antioquia, con elegancia y sabiduría, la cátedra de estética y de literatura, así como regentó otras con la misma competencia;

40. Que este ilustre hombre de letras dejó en la literatura patria, páginas de gran belleza, que son auténticas obras de arte; y

50. Que don Gabriel Latorre puso al servicio del Departamento, desde la Secretaría de Hacienda, durante la administración del Dr. Clodomiro Ramírez, toda la fuerza de su gran intelecto y de su gran corazón,

Ordena:

Art. 10. La Asamblea Departamental de Antioquia, rinde homenaje de veneración a la memoria de don Gabriel Latorre, lamenta su muerte y recomienda a la gratitud del pueblo antioqueño, especialmente de la juventud universitaria, su vida y sus obras.

Art. 20. Un retrato, al óleo, de don Gabriel Latorre, costado con fondos del Departamento, será colocado en el Despacho principal de la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Antioquia. Los gastos que ocasione el cumplimiento de este artículo se incluirán en el Presupuesto de la próxima vigencia.

Art. 30. Copia de la presente Ordenanza, en edición de lujo y con nota de estilo, será enviada al señor Rector de la Universidad de Antioquia y a la familia del extinto.

Dada en Medellín, a 3 de julio de 1935.

El Presidente, **Pedro Claver Aguirre**.—El Secretario, **J. Rafael Muñoz G.**

República de Colombia.—Gobernación de Antioquia.—Medellín, julio 4 de 1935.

Publíquese y ejecútese.

JUAN J. ANGEL

El Secretario de Gobierno,

Germán Medina

El Secretario de Hacienda,

Joaquín Agudelo

El Director de Educación Pública,

Luis Martínez E.

He terminado mi cometido. Bien sé que esta labor no ha sido tan completa como fuera de desearse, y por ello habrán de disculparme su honorable familia, sus discípulos, sus amigos, sus admiradores, y vosotros, señores Académicos.